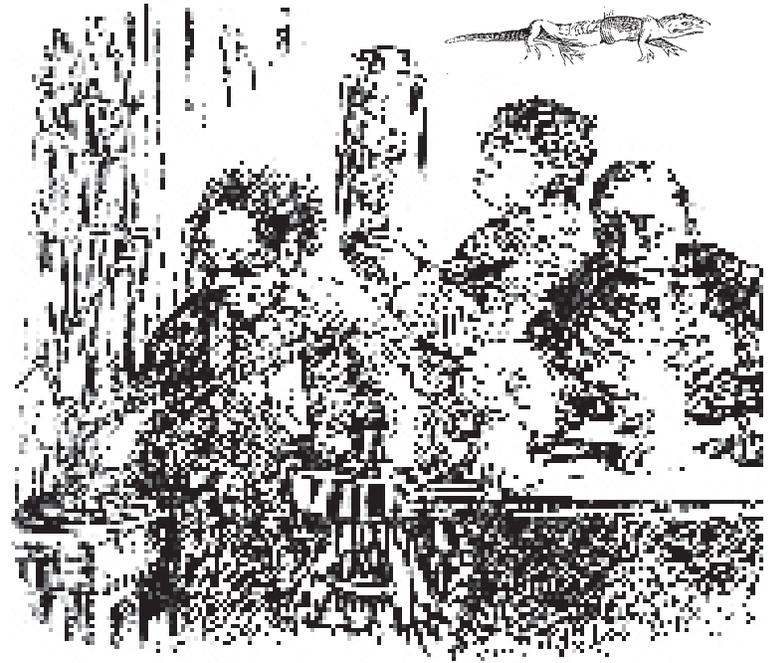


La ciencia es una actividad que tiene lugar en un contexto social, cultural e histórico, y no el resultado de una dinámica interna sin relación con la sociedad. Los cambios sociales influyen por tanto en su devenir. La historia de los gabinetes de curiosidades –esos sitios que comienzan a aparecer en el siglo XVII en varias ciudades europeas, en donde la gente podía admirar plantas, animales, fósiles, rocas, esculturas y otros objetos procedentes de las tierras recién conocidas–, que alcanzaron su auge en el siglo XVIII, es ilustrativa al respecto. En su inicio pretendían simplemente mostrar, permitir que la gente mirara directamente las obras de la naturaleza y de los nativos de otras latitudes, lo cual concordaba con el espíritu de la época, cuando la observación directa del Libro de la naturaleza, en palabras de Galileo, constituía una ruptura con la filosofía escolástica de la Edad Media.

En el siglo XIX estas colecciones conformadas un poco aleatoriamente dieron paso, por obra de la taxonomía y el impulso de las ciencias naturales y la antropología, a sendos museos de historia natural y etnografía, verdaderas catedrales del saber que fueron levantados en las metrópolis del mundo. El espíritu del siglo de la colonización europea, del apogeo de la ciencia y la industria, se veía claramente reflejado en ellos.

Sin embargo, el espectáculo que estos espacios brindaban en la segunda mitad del siglo XX era verdaderamente lamentable y su mirada del mundo completamente anacrónica. Sin querer establecer determinismo alguno, en cierta forma se percibía en ellos la crisis por la que pasaba la ciencia tras la Segunda Guerra Mundial, cuando el bombardeo de Hiroshima sembró una fuerte desconfianza hacia ella, así como la premanencia de la mentalidad colonialista. Finalmente, el repunte de las ciencias biológicas, en buena parte debido a la crisis



ambiental que sufre el planeta y a la valoración de los recursos bióticos con el concepto de biodiversidad, sirvió para generar, casi de manera simultánea en todos los continentes, y un poco en coincidencia con el fin de siglo, una renovación de los museos de historia natural, al mismo tiempo que los museos de etnografía se renovaban bajo la idea de la multiculturalidad. Los resultados de tales renovaciones no han sido siempre muy afortunados, pero al menos hay la intención de responder a problemas sociales de relevancia mundial, como son la conservación de la naturaleza y los conflictos que derivan de la convivencia de las distintas culturas.

Es un hecho que la divulgación, la comunicación de la ciencia, no puede quedarse al margen del contexto social en que tiene lugar la actividad científica y tecnológica; es su obligación buscar medios adecuados para llevar a cabo su labor, reflexionar acerca de los dilemas que enfrenta, en fin, no contentarse con lugares comunes (como la relación entre progreso científico y progreso social) que, lejos de aportar a la comprensión pública de la ciencia, mantienen prejuicios rancios que poco contribuyen con los objetivos de la divulgación en una sociedad democrática.

En su 25 aniversario, *Ciencias* mantiene el compromiso de proseguir su labor de divulgación de una manera crítica, tratando de mostrar a la ciencia como una actividad social, por tanto inmersa en los conflictos de la sociedad, pero también propositiva, es decir, como una labor que mucho puede decir y aportar a la construcción de un mundo mejor. 🐉

